LITERATURA

Delicias de la poesía erótica

Alejandro Suárez[1]

[1] Embajador de carrera del Servicio Exterior ecuatoriano.

Confieso mi sencillez –me resisto a aceptar la palabra "ignorancia"– en materia artística. Soy de extracción católico-conservadora y, por eso, tiendo irremediablemente a flanquear mi gusto con ciertos escrúpulos que, acepto, están afectados por prejuicios que van desde el pudor hasta el sentido común.

Precariamente cultivada, mi capacidad de apreciación artística no ha remontado, en pintura por ejemplo, el clasicismo de los Goya, Bosco, Delacroix, Greco o Tiziano, por decir algo. Tiemblo con emocionado respeto cuando me cruza la mirada misteriosa de *El caballero de la mano en el pecho* o disfruto con inexplicable temor de las inverosímiles figuras que pueblan *El jardín de las delicias*. Nada de eso me ocurre, sin embargo, cuando tengo enfrente a una creación de Joan Miró. Con todo respeto para este caballero, sus lienzos me recuerdan inevitablemente a un trapo de cocina cuya mugre, también colorida y caprichosa, no me resulta mayormente diferente de la que se encuentra bien enmarcada y con la orgullosa firma del catalán.

Como mi posición me obliga a parecer culto, tengo que admitir en público que el Guernica de Pablo Picasso es una obra maestra. Pero cuido de precisar, a continuación, que en todo caso su fama debe mucho a su significado político. En privado, sostengo que ese conjunto de caras y caballos mal dibujados se parece mucho a los trazos de mi hijo de seis años, cuyos garabatos me propongo proteger desde ahora ante cualquier riesgo de que sean tomados como símbolos por alguna facción sobreviviente de la mitología izquierdista o por alguna militancia ambientalista internacional.

Me ocurre lo mismo en música. Mi admiración llega hasta Dimitri Shostakovich o Joaquín Rodrigo, para mí los últimos de los grandes contemporáneos que aún creían que la música servía para escuchar, en contraste con algunos modernistas que resolvieron utilizar ese sublime arte para irritar. Y en esta aberración incluyo al rock, producto del apareamiento del más grosero mal gusto con la más entusiasta drogadicción.

Podría decir lo mismo con respecto a la

literatura. Rindo homenaje a quienes hacen de la palabra un instrumento para orientar, educar o divertir. Detesto a quienes la usan para, en nombre del "arte", agredir al buen gusto o desafiar a la buena educación.

Como soy –o trato de ser– humilde, no voy a decir como algunos apologistas de sí mismos que soy "un lector empedernido". En realidad, leo más bien poco. La diferencia es que, pese a ello, realmente me gusta hacerlo. Prefiero las novelas, los relatos o las crónicas. Declaro que el mejor lugar para leer es el baño y la mejor oportunidad, los viajes largos. Antes de tomar un tren o un avión busco proveerme de una buena pieza literaria para distraerme o para educarme, dos cosas que siempre me han hecho mucha falta.

Recientemente y mientras me encontraba en un aeropuerto disponiéndome a abordar un vuelo intercontinental, me puse a escarbar en las estanterías de una librería –de aquellas típicas de los aeropuertos en donde predominan los títulos livianos– en busca de algún material de lectura que me permitiera sobrellevar las largas y aburridas horas que toma cruzar el océano Atlántico. Llamó mi atención un volumen pequeño en papel rústico que ostentaba un título inverosímil: Cinco itinerarios eróticos, y un subtítulo definitivamente exótico: *comentarios y reflexiones en torno a la obra poética de un errabundo contumaz*.

La poesía me ha parecido siempre oficio de vagos y el género erótico, definitivamente, especialidad de ociosos. Nunca he entendido cómo puede alguien perder su tiempo –aún si le sobrara– poniendo en retruécanos, metáforas y sinécdoques las ansiedades de la carne. Pero confieso que lo de "itinerarios eróticos" me pareció poderosamente truculento y lo de "errabundo contumaz", el colmo de la obscenidad. Compré el libro.

Al tener el volumen en mis manos me fijé recién en el nombre de su autor: Plutarco Porras, que evidentemente era un seudónimo. Se trataba de un conocido crítico literario, completamente autodidacta "y, por eso, absolutamente independiente, vale decir no comprometido como suelen ser esos escarbadores de textos que cobran, ya al autor o ya a la editorial, tanto por lo que dicen como por lo que se callan". La verdad es que no comprendí –y nunca comprenderé– cómo un crítico literario puede ser autodidacta. Pero si eso decía en la contratapa del libro, así debía ser. Tampoco me puse a pensar demasiado sobre por qué la autodidáctica podría conferir absoluta independencia. Me parecía irrelevante.

Los *Cinco itinerarios eróticos* eran el nombre, según explicaba la presentación del libro, de la colección de poesías recientemente publicada por el "insigne vate" (sic) Clímaco Verduga –se trataba

Al tener el volumen en mis manos me fijé recién en el nombre de su autor: Plutarco Porras, que evidentemente era un seudónimo. Se trataba de un conocido crítico literario, completamente autodidacta "y, por eso, absolutamente independiente, vale decir no comprometido como suelen ser esos escarbadores de textos que cobran, ya al autor o ya a la editorial, tanto por lo que dicen como por lo que se callan".

también evidentemente de un seudónimo–, quien gozaba ya de amplio reconocimiento internacional "y tenía a su haber" (sic) alrededor de una docena de publicaciones con su producción poética que, incluso,

había sido traducida al *zwahili*, lengua de una de las esposas –la cuarta– del escritor, a la cual estaban dedicados los *Cinco itinerarios eróticos.*

Si el título y el subtítulo del libro me parecieron llamativos, más sugestiva me pareció la primera frase de la introducción: "Los versos de Verduga hablan por sí solos, pero hay que leerlos". Era, probablemente, una invitación del crítico Porras a que se apreciaran los textos del poeta "en su evidente dimensión fáustica y con el corazón, no la mente, atento a cada espasmo cósmico que produce esa suerte de orgasmo verbal que constituye la propuesta del escritor". Aunque con ciertas dudas sobre cómo medir la "dimensión fáustica", la frase me pareció muy justa dada su clara referencia a lo que se conoce como "sexo oral", especialidad de la que Verduga se había manifestado pública y reiteradamente simpatizante.

Animado por tan auspicioso inicio, continué con la lectura:

> Si la mayoría de los poetas busca penetrar en los laberintos de las interpretaciones tan sólo para refocilarse de la gratificación que les produce su inspiración, evadiendo compromisos que les limite en su afán meramente recreativo, Verduga, en cambio, contrapone su aproximación estética a toda tentación de manipular su expresión, protegiéndola de cualquier evasión –inclusive de aquellas que pudieran revertir los mensajes– y preparándola siempre para los desafíos de la semántica y, sobre todo, para las trampas de la metalepsis.

Animado por tan auspicioso inicio, continué con la lectura:

Tras reflexionar unos segundos sobre el texto, llegué a la conclusión de que, en general, estaba de acuerdo con el punto de vista del crítico aunque en algo podría diferir con su criterio sobre la reversión de los mensajes. Pero, en fin, no me pareció tan importante la discrepancia, de manera que proseguí:

> El género erótico es uno de los más sensibles. Desde los tiempos más remotos, esta especialidad ha sido cultivada por los más eximios (sic) artistas de la palabra. Pero también, lamentablemente, ha sido deshonrada por muchos aventureros del verbo que, llamándose impropiamente a sí mismos 'poetas', han profanado a tan maravilloso ejercicio asumiéndolo como un instrumento de sus morbosas deyecciones mentales y no, como debe ser, cual un recurso para elevar al infinito las inquietudes imperiosas del hipocausto de su corazón.

Comprendí bien la idea del crítico aunque no del todo su intención al calificar de "morbosas" a las deyecciones. Continué. "Verduga desafía todo existencialismo y, con una minuciosidad casi litogenésica, presenta sus inspiradas figuras con limpidez no exenta de impudicia –si cabe el término– y con un embausamiento con el que, tal vez, pretende preservarse de los embolismos a los que puede conducir su particular manera de aproximarse al tema". La frase me resultó muy ilustrativa y, por supuesto, me proporcionó una clave fundamental para apreciar la obra del poeta aunque, reconozco, me dejó cierta inquietud con respecto a si le resultaba o no necesario desafiar al existencialismo.

A medida que continuaba en la lectura, se me agudizaba el interés por encontrarme

con algún fragmento de la poética verduguiana. Llegó por fin el momento, cuando el crítico sentenció lo siguiente: "Antes que todos sus demás méritos, debe destacarse la genuina originalidad de nuestro poeta, la cual es percibida de inmediato en cualquiera de sus textos, por ejemplo el que corresponde a un fragmento del primero de sus *Itinerarios*":

Hecho trizas tu pudor entre mis labios,
mis recuerdos confundieron los senderos de tu cuerpo
hasta extraviarme en los pliegues de los tiempos.
Llegará acaso mi ansia hasta la marmita
de tu vientre?

"Verduga –proseguía el crítico Porras– desalienta en un verso como ese toda conspiración y todo ludibrio contra su singular arquitectura poética, quizás una de las pocas, junto con la de Petronio y otros clásicos del género, que con justicia puede ser exonerada de esa especie de laudemio que demanda subir al podio principal entre los sacerdotes del culto a Eros". Así era, efectivamente. Coincidí con el crítico en que nadie podría atreverse a cuestionar la honradez lírica de Verduga aunque me pareció excesivamente generoso otorgarle esa exoneración que, personalmente, creo que debe ser atribuida a muy pocos.

Si fueran míos tus pechos,
¡oh descarnada afrenta a la modestia!,
en el alba de su cumbre profanaría
tu memoria
mirando desde aquéllos, trémulo,
el ocaso luminoso del deseo.

Estos fragmentos, también correspondientes al primero de los *Itinerarios*, me habrían resultado difíciles de apreciar, si no hubiera contado con la oportuna e inmediata explicación de Porras. Escribe él: "Estos versos están entre los que mejor describen la inmanente inquietud del poeta, dejando al descubierto su inconfundible inclinación sinalagmática, apenas disimulada por figuras isócronas como son la *modestia* y la *memoria*. Esta característica es claramente percibida, también, en el verso que da inicio al segundo *Itinerario*:

Libérame, oh Ninfa milenaria.
Alimenta mi pasión, erige mi secreto.
Hartaré mis apetitos con tus muslos;
te amaré hasta rendirte, prisionera,
de tu propio placer agonizante.

Se nota además, aquí, la influencia de las formas literarias de la antigua Zambia –a una de cuyas tribus, la de los borondongos, pertenecía Hortensia, la cuarta esposa de Verduga– muy marcadas por los ritos nupciales de los nativos quienes solían conjugar sus prácticas amatorias iniciales con sus tradicionales destrezas antropofágicas. Pero, por más que nos parezca un tanto intérlope, tal característica de la producción verduguiana siempre deja al descubierto –es finalmente inevitable en el género erótico– esa soledad morganática que campea en la inspiración de todo poeta genuino".

El párrafo anterior me aclaró muchas dudas acerca de la conveniencia de dosificar las metáforas, tanto al versificar como al escribir en prosa. Porras es acertado cuando identifica uno de los principales elementos del inconfundible estilo verduguiano aunque, quizás, especula más de lo admisible cuando califica tan duramente a su soledad. Fue esa, al menos, mi impresión después de releer el fragmento

transcrito y, sobre todo, luego de analizar cuidadosamente los siguientes versos del mismo *Itinerario*:

Allí, do la caprichosa voluntad venérea
dispuso desfogar el apolíneo brío
yace ahora inerte, cual exhausto Céfiro,
el despojo secular de antiguas turbaciones
que temerosas, inciertas, agitadas,
rodean voluptuosas mis verguenzas.

En este mismo fragmento, Porras encuentra más indicios de la tendencia de Verduga: "Cual opérculo para sus propias fórmulas figurativas, el verbo terminante de nuestro poeta se acomoda en el más genuino orfismo para acudir, en una suerte de trance virgiliano, a los recursos fonéticos que le conducirán irremediablemente a la paralipsis. Le ocurrirá lo mismo más adelante y siempre en el segundo de los Itinerarios, cuando se aventure a provocar a los espectros de sus amores olvidados y a declarar:

Náufrago perdido en el cristal de tu lascivia,
apenas reconozco los umbrales de tu sexo;
reniego, furioso, de los dogmas, de las formas, de los tiempos;
maldigo aquel altar en que recé a tus dioses.

"Esta, evidentemente, es una mal disimulada parábasis que Verduga probablemente no fue capaz de evitar debido al intenso dramatismo del motivo. Sin embargo, parece rendirse fácilmente al apremio de esa doble instancia –oración y furia– que caracteriza a la neomenia a la que claramente evoca al fin del verso".

Eran ya varias horas –no sé cuántas– que duraba el vuelo. Me sentía un poco cansado y por eso tuve que leer varias veces el párrafo anterior del crítico, sobre todo porque no terminaba de entender por qué la doble instancia debía ejercer efectivamente el apremio que decía Porras.

Eran ya varias horas –no sé cuántas– que duraba el vuelo. Me sentía un poco cansado y por eso tuve que leer varias veces el párrafo anterior del crítico, sobre todo porque no terminaba de entender por qué la doble instancia debía ejercer efectivamente el apremio que decía Porras. Aún sin resolver lo anterior, proseguí la lectura y llegué al tercer Itinerario.

Aún sin resolver lo anterior, proseguí la lectura y llegué al tercer Itinerario. Estaba compuesto, éste, por los *Cuatro preludios proctológicos* que, según el crítico, había escrito Verduga en homenaje a un médico que le trató exitosamente de unas hemorroides carniceras. Era evidentemente cuestionable la inclusión de estos *Preludios* en la colección de escritos eróticos. Se había discutido mucho sobre eso hasta que el propio poeta se manifestó conforme, según algunos por la evidente carga de simbolismo –"no igualada por ningún otro escrito de Verduga", según el crítico– que había en aquellos textos. "Poblados de voces paroxítonas, estos versos están entre lo más subyugante de la inspiración verduguiana. Afectado por una suerte de anosmia cósmica, transita errático por todos los rincones de la memoria en busca de claves válidas para resolver las incógnitas de esa onomancia en la que ha devenido su angustia secular, claramente sensibilizada

por los rigores de la cruel enfermedad los cuales le ocasionaron frecuentes nebladuras que le impedían escribir una sola línea. Así y todo, nos sorprende desde el inicio con su destreza en el manejo de las fórmulas sugerentes y de las deliberadas evasiones de toda tentación escatológica que pudiera plantear tan delicada y sensible temática:

Anochece ¡ay! en mi desnuda alcoba.
Anónimas urgencias penetran mi intimidad.
¡Ah, no! Nunca me arrastraré ante dolor tan crudo
a no ser que preludie el placer desconocido".

No tuve más remedio que reconocer el patetismo de estos versos y coincidir plenamente con el pensamiento del crítico en cuanto a dónde fue a parar la "angustia secular" de Verduga así como sobre la destreza en el manejo de las fórmulas.

Registra mis secretos,
oscura mensajera de las parcas.
No me arredra el ardor de tus urgencias.
Será nuestro un mismo grito
y único el placer nuestro al proferirlo.

"Revelándose abiertamente nictálope –es el crítico el que habla– Verduga escudriña entre la oscuridad angustiada de su laberinto monoclinal en el que no hallará más que sucesivos reencuentros con sus propias incertidumbres".

Esa búsqueda infructuosa que muy bien define Porras me pareció aún más evidente en los versos finales del tercer *Itinerario*:

Ahíto finalmente de tu esencia,
indago en el placer que se disuelve.
No encuentro más que reflujos inconscientes, remotos testimonios
de la voluptuosa vigilia en que se agitan
culpas, contriciones, pecados, desverguenzas.

"Este fragmento –sostiene Porras– es uno de los que mejor reflejan la particular religiosidad de Verduga pues, en una suerte de nitruración de sus propias creencias, confiesa la fragilidad de su sensualismo. Para quienes quieran (o puedan) reconocerla, hay en ese texto una evidente alusión, además, a los cuestionamientos cognoscitivos y profundos conflictos sexo-religiosos que suele dejar la educación jesuítica, cosa que es más perceptible aún en el siguiente fragmento, que da por terminado el tercer Itinerario con una remembranza, además, de los escritos de Esther, poetisa también y antigua amiga de Porras a quien éste siempre admiró por su carencia de sentido del humor y por su envidiable incapacidad de hablar bien de los demás:

Cual inquieta gaviota citadina,
extiendo hasta el delirio mis alas fugitivas.
¡Déjame escapar, huir, volar, fugar!
Que olviden mis sentidos el clamor de tu libido
y la impudicia mentirosa de tu cuerpo".

La perspicacia del crítico Porras me dejaba cada vez más perplejo. Como fui educado por los jesuitas, comprendí con nitidez su sentencia sobre los efectos colaterales del singular magisterio de los seguidores de Ignacio de Loyola y que Porras debió haber experimentado también pues, antes de optar por la carrera de crítico literario, fue distinguido novicio de la Compañía de Jesús.

Como todo poeta que se precie,

Verduga dio motivos para que se le endilgaran las más variadas virtudes, los más curiosos defectos y las más entretenidas perversiones. "Se dijo de él –menciona Porras– que bien podría ser un nomoteta. Algunos se atrevieron a tildarle de monofisita, aunque luego se comprobó que tal calificación era totalmente maliciosa. Lo de 'archimandrita' surgió, al parecer, de un altercado que tuvo con un escritor griego sobre la influencia de la herejía cátara en la poesía bizantina. La acusación de pedofilia –cuya total falsedad también llegó a demostrarse– partió de una interpretación ingenua que algún aprendiz de crítico hizo de un poema de juventud escrito por Verduga:

> *Amanece temprano en tu deseo mórbido,*
> *¡oh ninfa itinerante!*
> *Llévame contigo a contemplar los sueños de tu infancia,*
> *que tu prematura ansiedad ha convertido en pecados.*
> *Podremos purgar juntos nuestras culpas?"*

Porras, en verdad, sabía lo que escribía, cosa que no es frecuente en los críticos literarios. Y era de verdad honrado, virtud que tampoco es fácil encontrar en los críticos. Su defensa de Verduga frente a tan inicuas acusaciones partía, sin duda, de su convencimiento en cuanto a la calidad intrínseca del poeta, cuando no de su persuasión total sobre el verdadero mensaje de su producción literaria. Porras es directo, terminante e inapelable. Sus claves para comprender a Verduga devienen en recurso indispensable para apreciar la profundidad, no solamente de los escritos del insigne poeta sino también del género

Porras, en verdad, sabía lo que escribía, cosa que no es frecuente en los críticos literarios. Y era de verdad honrado, virtud que tampoco es fácil encontrar en los críticos.

erótico en general. Lo anterior puede fácilmente comprobarse en el corto aparte que nuestro crítico hace luego de concluir sus comentarios al tercer Itinerario:

> El libro del poeta Verduga bien puede calificarse como una auténtica neomenia de la poesía. Indudablemente teúrgico, este libro es una ratificación del culto –inicialmente disimulado pero luego abierto y franco– que el vate (sic) dedicó a sus propios y evasivos dioses. Aunque en ocasiones no logró evitar los anacolutos –continúa el crítico– Verduga logró extraer lo más exclusivo de las canteras de Eros, con una naturalidad a ratos sorprendente y sólo explicable –tal vez– por su inmersión inapelable en el más voluptuoso universo de los sentidos primarios.

La anterior frase de Porras me trajo a la memoria diagnósticos similares con respecto a la inspiración de otros poetas insignes, con la sola duda en cuanto al sentido de propiedad de los dioses que, en otros casos, no se planteaba de manera tan terminante. Pensando en la posibilidad de encontrar más adelante una mejor explicación al respecto, seguí leyendo:

> *Por qué me pides que desnude mi boca ante tus besos?,*
> *arcana inmarcesible, nereida fugitiva;*
> *tiembla mi ser, mi lengua, todo yo.*

Lascivia inveterada que reta a los sentidos;
cual oleaje furioso me arrastraste,
¡pobre de mí, a tu tentadora espuma niégome!

Intenté una aproximación personal, una interpretación propia a los versos anteriores pero confieso que su profundidad e intrincado simbolismo me vencieron. De manera que no me quedó más remedio que recurrir a Porras. "En el mundo de la poesía –dice el crítico– las metáforas no son casuales. Por eso al recurrir a los anástrofes –muy frecuentes y necesarios en el género erótico– se debe considerar sobre todo la dimensión de su impacto en el conjunto de los versos a fin de preservar la economía del género y, sobre todo, la preeminencia del mensaje". Me sorprendió un poco, confieso, la terminante afirmación de Porras ya que, de acuerdo a cuanto he leído, uno de los aspectos más controvertidos en el debate literario es, precisamente, el de la economía de los géneros. Y, por supuesto, la explicación no colmó mi expectativa.

La comida a bordo hizo que suspendiera por un momento la lectura del libro. Luego de la pausa digestiva, que completé con unos minutos de sueño, volví a las páginas del libro, cuyo contenido me absorbía cada vez más.

El cuarto de los *Itinerarios* es, según todos los comentarios, el más logrado de esta colección del poeta Verduga. Titulado "Organum Procatio Carmina", "constituye uno de los mejores ejemplos de auténtica inspiración erótica y una de las más afortunadas exploraciones de las posibilidades eróticas de la acústica", según el crítico Porras. "Como ocurrió en música con Schoemberg, con Verduga la poesía entra en el terreno de la acrobacias atonalistas, a través de la libre extrapolación de la sinergia melódica a la arquitectura del verso, imprimiendo en ésta una especie de cronocromía verbal en la que las palabras se ponen al servicio, más que de los conceptos puros, de las sensaciones auditivas primigenias". Según Porras, esto es más que evidente en el verso inicial del cuarto *Itinerario*:

Yazgo yo, ya,
anhelando tu aliento, tus temblores,
tus jadeos;
exhausto ya mi yerto cuerpo,
no escucho más mis voces;
sólo la exquisita salmodia de tu vértigo.

Confieso que Arnold Schoemberg nunca estuvo entre mis compositores predilectos. La noche transfigurada me parece una creación somnolienta. Pero estoy dispuesto a admitir que sus renovadoras técnicas musicales, a juzgar por el verso, han sido afortunadamente adoptadas por la inspiración de Verduga.

El crítico Plutarco Porras es también un buen conocedor de música. Eso me demostró, incluso, su diagnóstico sobre lo que él denomina "irresistibles citas melódicas" a lo largo de casi toda la producción verduguiana. "La poesía de nuestro vate (sic) –dice el crítico– está sembrada de encrucijadas acústicas en las que la arritmia juega un papel crucial para introducirnos en su visión personal de la entropía del universo sonoro":

Do fueron la cadencia y calidez de tus gemidos
que a tu locura desbocada dieron voces?
Acaso en plegarias se volvieron
para orar a nuestro Dios de los sentidos?

Estos versos, efectivamente, volvían evidente la verdad de la afirmación del

crítico. La sensualidad melódica que destila cada línea viene a ser una especie de lógica consecuencia de la "arritmia" muy bien percibida por Porras. "Pero la intención de Verduga va más allá –dice el estudioso– ya que a sus audaces acrobacias verbales el poeta agrega, evidentemente con ergonómica complacencia, un componente de gusto elegíaco, como lo atestigua otro verso tomado del cuarto Itinerario:

Envuélveme en el ritmo trepidante
de tus locos jadeos
preludio inspirador, anhelo presentido
de la eclosión triunfal de tu lujuria".

El crítico Porras destaca, con razón, la característica antifonal fácilmente reconocible en los versos del cuarto Itinerario: "Ella está implícita –dice Porras– inclusive en su voluntaria renuncia a la métrica de un modo más o menos similar al que adoptó en música Edgar Varese. Así, los intervalos equívocos, lejos de fracturar la unidad rítmica, vienen a cumplir el papel de auténticos leitmotivs para mantener la continuidad temática. Buena muestra de ello es el siguiente verso, en donde la terminología musical se pone francamente al servicio de la intención poética":

Cual corcheas inquietas, fugitivas,
los espasmos vibratorios de mi cuerpo
escribieron en el pentagrama de tu vientre
la misteriosa melodía del placer.

Mi afición a la música me permitió comprender mejor el juicio del crítico y apreciar más la original inspiración de Verduga. Aunque Varese no está entre mis compositores predilectos, reconocí el acierto de Porras al citarlo –pensando probablemente en la estructura de la "Arcana"– como una suerte de modelo para la singular técnica verduguiana, el menos en los versos del cuarto Itinerario que definitivamente eran los mejor logrados de la colección:

En compases sucesivos,
cual un juego de traviesas armonías,
transformados nuestros cuerpos en arpegios
ejecutan, virtuosos,
la sinfonía interminable del deseo.

A medida que continuaba en la lectura de los poemas y de los comentarios del crítico, me convencía cada vez más de la autenticidad del oficio del poeta. Verduga era, ciertamente, un muy fino intérprete de la sensualidad y un verdadero virtuoso en la creación de aquella "concupiscencia de los sonidos", como definió el crítico Porras al conjunto de versos incluidos en el cuarto itinerario. Con una técnica que le acerca muchísimo al modo mixolidio –afirma Porras– nuestro poeta saca provecho de la cronocromía del sonido llano para elevar la inquietud erótica a niveles de refinada salmodia".

Golosa perversión,
te ocultas tras los trémolos tímidos
de las tensadas cuerdas,
¡Oh milagro!,
del arpa en que tu cuerpo se ha tornado,
enloquecido por mis besos sincopados.

El quinto y último *Itinerario* era, curiosamente, una suerte de epílogo del cuarto. No hay una explicación lógica a la decisión del poeta Verduga de no diferenciar a los dos últimos fragmentos, como sí lo hizo con los anteriores. Porras cree que ello podría obedecer a la intención de destacar "esa suerte de apremio pendular

que se percibe en el conjunto del texto, el cual parece conducir a una verdadera encrucijada acústica plagada de mágicos intervalos semejantes a los que, en música, utilizó Debussy. Los dos últimos *Itinerarios*, entonces, harían parte de un díptico impresionista en el que los cromatismos interiores se esparcen cual formas nobles a todo lo largo de los claroscuros". Esta interpretación queda bien ilustrada con los versos que abren el último Itinerario y que, según algunos entendidos, son una especie de evocación verbal de las *Danzas sagradas y profanas* de Claude Debussy:

Lúdico lamento de lánguidos laúdes
los restos de mi aliento sueltan yertos
mientras loca, irreprensible, tu impudicia
pregona su insolencia con fanfarrias.

Los versos de Verduga eran, sin duda, profundos. "Su simbología no puede ser menos que magistral –dice Porras– ya que, remontando la percepción de las figuras, sitúa al lector en el espacio de las visiones sugerentes por medio de secuencias literarias que, yuxtapuestas a la terminología de alusión erótica, recrean la metamorfosis inmutable de las notas musicales". Y prosigue: "La evidente epítasis que constituyen los versos del último *Itinerario* acentúa el dramatismo de las analogías musicales que, cual epistaxis, se derraman libres a todo lo largo de la elaboración poética". Lo anterior, según pude entender, resume los fundamentos de la intención verduguiana al emplear, en los *Itinerarios* cuatro y cinco, los recursos ofrecidos por la música. No era, pues, un simple ejercicio de destreza literaria o un capricho para demostrar originalidad. Como señala el crítico Porras con toda razón, "es una consecuencia natural de la obsesión de Verduga por hacer de sus versos un verdadero epinicio de la inspiración erótica, como lo demuestra otro de los fragmentos del quinto *Itinerario*, en el que las palabras parecen estar distribuidas para producir música propia:

Arrástrame, cólmame, conmuéveme.
Mientras en tumultuosa danza nuestros cuerpos
sus ansiedades y temor liberan,
que a mi pudor disuelva tu saliva;
que a mis verguenzas trituren tus gemidos;
que a mi pureza desmenucen tus delirios.

"Despojados de todo rigor epistemológico –concluye el crítico Porras–, bien podríamos decir que Verduga, con sus dos últimos *Itinerarios* eróticos, hizo de la poesía en bruto un auténtico laudario en el que cada palabra puede cantarse y cada nota pronunciarse. En una verdadera apoteosis de sus versos y cual emocionado homenaje de gratitud a Guido D'Arezzo, nuestro poeta concluye su último *Itinerario* con una especie de acróstico construido sobre la base de la sucesión de las siete notas musicales, en respetuosa parodia del Himno a San Juan que sirvió al monje italiano para designar la notación moderna manteniendo –como Guido D'Arezzo– la denominación de Ut en lugar del Do":

Utopía modelada entre las sombras.
Resignada ante la magia de tus formas,
Mi inocencia se somete, derrotada,
Fácil presa de tus ansias impetuosas;
Sólo busca, al abrevar entre tus pechos,
La prohibida embriaguez de quien sucumbe,
Sin remedio ni pudor a tu lascivia.

***

Post Scriptum

Plutarco Porras:

Se puede resumir la esencia profunda del erotismo como la expresión más genuina y libre de la naturaleza humana, en su proyección más vital hacia lo desconocido infinito. Eros constituye no solamente la identificación del sensualismo en cuanto atributo exclusivo del ser, sino también la definición explícita de la sensualidad entendida como un recurso para trascender. El poeta Verduga, estimulado por esa irresistible presión centrífuga de lo genuinamente telúrico, descarga su inagotable sensualidad en aquellos crisoles que constituyen los recursos de su inspirado verbo, que no reconocen más límites que el agotamiento de la topografía lírica. Pero si lo anterior puede proporcionarnos las mejores claves para entender en toda su profundidad el contenido nuclear de la producción verduguiana, no es suficiente para decodificar el hermetismo que define –y enaltece– a los versos del poeta. A éstos, como a la música, hay que escucharlos sin pretender interpretarlos. Dejémoslos fluir, circular, maravillados por la dimensión de su misterio, subyugados por la contundencia de su incógnita.

***

El fin de la lectura del libro coincidió con el de mi viaje, el cual se me hizo corto gracias al ilustrativo contenido –lo reconozco– de la publicación. Creo sentirme reconciliado con la poesía y hasta capaz de rendir respeto al género erótico que, gracias a las luminosas interpretaciones del crítico Porras, se me ha revelado ahora como un espacio cósmico de atracción irresistible. Gracias a mi amplia cultura pude aprehender sin dificultad los mensajes y conceptos de Porras, por más que un par de términos utilizados por él –con una versación ciertamente imprescindible para el análisis literario– me haya obligado a acudir al diccionario el cual no ha hecho más que confirmar la corrección y propiedad del estilo del autor del libro, que con entusiasmo recomiendo a todos quienes se interesen por novedosas experiencias artísticas.